

Se quitó á César de los «stocks»; el jóven ántes fuerte como un Hércules, cayó desmayado.

Pero..... D. Antonio había calculado mal. *Tres semanas mas tarde encontraron á César ahogado.* Había preferido la muerte á la vida en el «Diamante». En el mismo día se fugó un esclavo, *Arvide*, que ántes había sufrido tambien el terrible castigo de los «stocks».

## CAPITULO VII.

### Don Ignacio y sus hijas.

Era cerca de la estacion de las aguas. Humboldt y Bonpland se hallaban ansiosos de observar este grandioso fenómeno en el Sur de América.

El primero había observado ya, desde principios del mes de Marzo, la acumulacion de todas burbujas visibles de vapor- y que se aumentaban la electricidad del aire de dia en dia. Se veian relámpagos hácia el sur, y el electrómetro de Volta señalaba despues de haberse metido el sol, continuamente electricidad positiva. (1)

(1) Viajes á las regiones equinocciales etc., tom. II., pág. 206.

Mas tarde observó la perturbacion del equilibrio eléctrico en el aire que desde el 26 de Marzo se hacia completa. Durante todas estas continuas perturbaciones de la electricidad atmosférica, comenzaban los árboles á reverdecer, como si tuviesen un presentimiento de la próxima primavera.

Incomparable es en aquellas regiones la pureza del aire desde Diciembre hasta Febrero. El cielo se halla constantemente sereno y de un azul intenso. Hacia fines de Febrero y principios de Marzo, disminuye esta intensidad, el higrómetro señala paulatinamente mas humedad, las estrellas se ocultan en una capa fina de vapor, su luz ya no es tranquila y planetaria.

En este tiempo se hace mas débil é irregular el viento, y algunas veces hay una calma completa. En el Sud-sudoeste se elevan nubes que parecen montañas lejanas, con sus contornos muy pronunciados. De tiempo en tiempo abandonan el horizonte, y corren con velocidad hacia la bóveda celeste, lo que no está en proporcion con el viento débil que reina en las capas inferiores de la atmósfera.

A fines de Marzo se notan, en la parte meridional del cielo, pequeñas descargas eléctricas, luces fosfóricas, que parece tienen su origen en las evaporaciones. Desde ese tiempo cambian los vientos en algunas horas del dia, del Sud-Este al Oeste y Sud-Oeste, que es una señal segura de la proximidad de la estacion de las aguas, que en el Orinoco da principio en fines de Abril.

Humboldt observó escrupulosamente todos estos fenómenos metereológicos de los trópicos, para incluirlos en sus obras científicas (1).

Agradecidos por la buena acogida en la casa del Gobernador de Varinas, marqués del Toro, hacian Humboldt y Bonpland sus preparativos para continuar su marcha, á pesar de la aproximacion de la estacion de las aguas, cuando fueron sorprendidos agradablemente con la noticia de que el jóven Soto, con quien habian cultivado una sincera amistad, durante su permanencia en San Fernando, tenia intencion de acompañarlos en su viaje al Orinoco y Rio-grande, aunque su amor hacia la hechicera Arabela parecia oponerse. Una feliz casualidad ocasionó sobre esto una explicacion entre los dos amantes, y estando seguro el jóven Soto del amor de Arabela, se despertó con mas vehemencia su deseo de examinar los ríos mencionados y los países casi desconocidos. Además, le habia aconsejado el Padre Acosta que aprovechase esta oportunidad, que acaso no se le volvería á presentar, para hacer este viaje interesante, y Arabela era demasiado prudente para oponerse al deseo de su futuro esposo. Se convino, pues, en que á la vuelta de este viaje tendria lugar el enlace de los jóvenes.

(1) Véase: Viajes á las regiones equinocciales del Nuevo Continente, tomo 2.º pág. 205 hasta 207. Además, "Cosmos," tomo 1.º páginas 332 y adelante.

Alejandro de Humboldt y Bonpland se hallaban muy complacidos de la resolución del joven Soto, porque su amabilidad y buen humor les prometía sobrellevar con más facilidad las penalidades de la expedición, la que no estaba exenta de peligros (1).

Habían tomado una lancha con su patrón y cuatro indios. La parte trasera de la lancha estaba cubierta con un toldo de hojas de corifa. Su extensión era bastante para contener una mesa y algunos bancos.

Arreglado esto, compraron víveres para un mes: gallinas, huevos, plátanos, harina de maíz y cacao en abundancia. Además, vino de Jerez, naranjas y tamarindos para aguas frescas. Los indios se proveían de redes y anzuelos. Humboldt y sus compañeros disponían sus armas de fuego. Con tales elementos esperaban no carecer de excelentes pescados, tortugas, faisanes, &c.

Lo último que se embarcó fueron unos barriles de aguardiente, para cambiar con los indios por otras cosas.

El día 30 de Marzo tuvo lugar el embarco, después de una afectuosa despedida. Nadie sabía lo que ella costaba á Arabela. El joven Soto no sentía el dolor en toda su fuerza, porque le animaban el valor juvenil y el anhelo de conocer aquellos países casi fabulosos

(1) Viajes, etc. tomo II, pág. 210.

del Orinoco superior, en unión de dos célebres naturalistas. A los dos ó tres meses, cuando mucho, estaría de vuelta, y le esperaba entónces su adorada Arabela en el altar.

Era en efecto un viaje magnífico.

El Diamante, cuya soberbia casa principal se veía por entre naranjos y granados, como un asilo de paz y de felicidad, era por decirlo así, la puerta del paraíso que se iba á abrir á los viajeros.

Inmensos bosques vírgenes seguían inmediatamente á los grandes plantíos de caña de azúcar de aquella hermosa finca; bosques, en cuyo interior solo se arriesgaba á penetrar la planta de los indios Yaruros, pues esos inmensos terrenos estaban poblados solamente por tigres, colosales serpientes, lagartos y chiquiros, una especie de Cavia. Grandes bandadas de aves se veían volando en las regiones superiores, parecidas á gruesas nubes, cuyos contornos cambiaban á cada momento.

Notable era allí la posición de los árboles. Inmediatos á la orilla se veían sauces (*Hermesia castaneifolia*), que formaban una cerca de una altura de cuatro piés. Tras de esta cerca se elevaban espesos bosques de Cedrela, palo del Brasil etc., y encima de éstas, formando un bosque sobre otro, se elevaban orgullosa y magestuosamente los troncos de las palmeras de distintas clases. Los grandes cuadrúpedos de estos bosques habían hecho entradas en muchos puntos de los arbustos y cercas, por los cuales penetraban al río para satisfacer su sed. Con

frecuencia observaban Humboldt y sus amigos á estos animales, como andaban por la orilla, sin hacer caso de la lancha, hasta que volvian á desaparecer en las sombras del bosque.

Todo esto tenia un gran atractivo para los tres amigos. Humboldt ya se habia expresado, desde el primer dia de la partida, de la manera siguiente sobre el particular:

—¿Puede haber mayor goce que un viaje en estas deliciosas regiones?. El placer que se siente no está basado solamente en el interes del naturalista, sino al mismo tiempo en un sentimiento que es comun á todos los hombres educados en el seno de la civilizacion. Uno se ve enfrente de un mundo nuevo, de una naturaleza inculca é indomable. En la orilla de un bosque se ve ya el tigre, ya la pantera americana; se pasea el faisán con su plumage y penacho negros. Animales de las especies mas diversas se alternan continuamente, ¿en dónde se ve un espectáculo semejante?

—Es como en el paraíso, dijo el patron de la lancha, viejo indio de las misiones.

—En efecto, así es, continuó Humboldt. Todo recuerda aquí el estado natural del mundo, cuya inocencia y felicidad nos presentan las venerables y antiguas tradiciones de todos los pueblos.

—Y sin embargo, dijo Soto, es esto una gran ilusion. Aquí no es mejor que en las haciendas que hemos dejado. Las casas principales de ellas parecen unos sitios

de la paz y de la felicidad, y..... ¡cuántas miserias y cuántas iniquidades se ocultan detrás de esta belleza! Y aquí..... ¿no se temen esos animales unos á otros, y se destruyen mutuamente, si pueden?

—La edad de oro ha pasado, dijo Bonpland, y en este paraíso de los bosques americanos, como en todas partes, ha enseñado una triste y larga experiencia á todas las criaturas, que la fuerza y la mansedumbre raras veces se encuentran juntas.

—Solo con la diferencia, añadió Humboldt, de que los animales que no tienen raciocinio, siguen sencillamente las leyes y las necesidades de la naturaleza, mientras los hombres utilizan sus fuerzas intelectuales, en buscar el modo de eludir y pisotear las leyes de la naturaleza y de la humanidad. Si me estimais, amigos míos, dejadme callar sobre esta materia. Desgraciadamente no podemos remediar tan funestos y trascendentales abusos, que son una mancha para estos países del paraíso. Olvidémoslos por ahora, para que estas sombras negras y pesadas no se mezclen en el cuadro lleno de luz y de brillo que se nos presenta.

En este momento daba vuelta la lancha por un recodo que formaba allí el rio de Apure. El bosque se retiraba en este pequeño trecho algo de la orilla. Allí se veian acostados en la arena diez lagartos colosales, que median desde diez y seis hasta veintidos piés. Con sus quijadas abiertas en forma de un ángulo recto, descansaban uno junto á otro. Varios pájaros paseaban tran-

quilamente sobre sus espaldas acorazadas, en busca de insectos.

—Es original, observó Humboldt, que estos animales no se den entre sí alguna muestra de afecto. El grupo se separa luego que abandona la orilla, y sin embargo, solamente consiste de un macho y muchas hembras; porque segun dice Descourtils, que hizo un estudio profundo de estos animales en Santo Domingo, los machos son en menor número, á causa de que en el período de su propagacion luchan unos con otros y se destruyen.

Estos grandes reptiles eran tan numerosos en aquel lugar, que los viajeros observaban á cada momento, por toda la orilla del rio, grupos de cinco ó seis.

Y centenares de ellos se hallaban aún enterrados en el lodo.

Pero escenas enteramente nuevas y de mas atractivo, se presentaban á la vista de los viajeros.

El Apure tenia allí una anchura de ciento treinta y seis toesas. La lancha pasó junto á una isla, en donde habia millares de flamencos, pelicanos color de rosa, garzas y otras aves que ofrecian los colores mas hermosos y variados. Estas aves se hallaban tan agrupadas, que parecia que no se podian mover, y sin embargo, su movimiento era continuo y armonioso, presentando á los viajeros un magnífico espectáculo.

—*Isla de aves*, dijo el patron con su modo lacónico, como todos los indios que acostumbran hablar poco y en unas cuantas frases.

Un profundo silencio se observaba en estos momentos, consagrados á la contemplacion.

Aquí, pasaban en el rio, arrojando agua por las narices, multitud de delfines, divirtiendo á los viajeros con sus movimientos ágiles y brincos alegres. Allá, estaba cubierta la orilla de aves que pescaban. Los hermosos flamencos se hallaban á centenares en quietud y descansando sobre un pié, moviéndose solamente cuando hacian un buen botin, y extendiendo entónces sus alas color de rosa. En el mismo rio, se aprovechaban otras especies de aves de los troncos de árboles que traia el flujo de las aguas, sentándose sobre ellos á millares, para sorprender á los peces que aparecian en la corriente sobre la superficie del agua. Manadas de monos se veian sobre los árboles, los cuales arrojaban ramas á la lancha, cuando ésta se acercaba á la orilla. Entre gritos que aturdian, pasaban por las cabezas de los viajeros grandes bandadas de papagayos, perseguidos por halcones. Cruzaban por los aires una especie de buitres, mientras grandes manadas de javalíes se echaban precipitadamente al rio, perseguidos por un tigre de tamaño colosal.

¡Y con toda esta magnificencia, y con todo este movimiento grandioso..... *sin embargo, una profunda é indecible soledad!* Solo una pequeña lancha sobre un rio caudaloso..... solo unos cuantos hombres en este inmenso desierto!

Entre los viajeros se alternaban el deleite y un estremecimiento de admiración, ante tan hermoso espectáculo de la naturaleza. Ninguno de ellos encontró palabras para el momento; pero su silencio equivalía á una solemne oración, á un himno al Gran Espíritu del Mundo.

¿Y qué es el hombre en comparación de todo esto?... Allí no es el centro de la creación, ni el rey orgulloso que domina á nuestro globo.

Muy lejos de domar á los elementos, tiene el mortal bastante que hacer para sustraerse de su dominio. Las transformaciones que hace siglos ha sufrido la superficie de aquella tierra por manos de los indígenas y de los misioneros, son nada en comparación de las que producen el fuego subterráneo, los grandes ríos que salen de su cauce y las tempestades. La lucha de los elementos entre sí, la de los animales unos con otros, lo existente en contra de lo que se está formando; todo esto es lo característico del espectáculo que presenta la naturaleza en el Nuevo-Mundo. Grandiosa, en sumo grado, es la impresión que hace en un europeo el pensamiento de que, en países tan grandes como toda la Francia..... no existan mas que unas cuantas chozas esparcidas.

Esta misma impresión experimentaron los viajeros, sintiendo lo atemorizador de este pensamiento para la imaginación humana. Y es verdad: se necesitan años para familiarizarse con las cosas de un mundo, en donde

solo viven plantas y animales, en donde el hombre no percibe jamás el grito de júbilo, ó el gemido del dolor.

Hacia el medio día habia subido el calor á cuarenta grados de Reaumur, de manera que no habia que pensar en continuar la marcha. Los viajeros se detuvieron, pues con la lancha en un punto de la orilla donde habia muchas rocas, siendo su objeto descansar allí, y gozar un poco de fresco y de sombra.

El sol se hallaba cerca del zenit, y su luz brillante, reflejada en la superficie del río, contrastaba con el vapor rojizo en que estaban envueltos todos los objetos de los alrededores. En consecuencia, el cielo parecia estar en continuas oscilaciones, y no se sentia ni la mas ligera brisa. Sobre todo este inmenso espacio, reinaba un silencio sepulcral.

¡Y cuán profunda era la impresión que este silencio infinito hacia en Humboldt!

Los animales del bosque se habian ocultado en la espesura del mismo, debajo de los árboles y en las hendiduras de las rocas. Ni una hoja se movia. Sin embargo, se oian los sonidos apenas perceptibles de un continuo zumbido de los insectos, que pululaban á millones en la atmósfera, en los arbustos y principalmente, en los troncos podridos de los árboles esparcidos por el suelo, en el cual, multitud de bichos tenian cavados sus agujeros.

Humboldt que habia llamado la atención de Bonpland sobre todo esto, le dijo:

—¿No son estas las voces que nos indican que todo respira en la naturaleza, que en ella reina la vida de mil maneras, tanto en el suelo polvoso y lleno de aberturas como en el seno del agua y en el aire que nos rodea?

—Así es, contestó Bonpland, la impresion que produce todo esto, dá en efecto una idea de lo vivificante de toda la naturaleza.

—La idea de la vida, continuó Humboldt, está ligada de tal manera con las fuerzas creadoras de la naturaleza en su movimiento continuo, que los mitos mas antiguos de las naciones han atribuido á estas mismas fuerzas la reproduccion de las plantas y animales, y aún se ha supuesto el estado de una superficie inanimada en nuestro planeta, en una época en que reinaba el caos y aun estaban en lucha los elementos; de manera que ya en los tiempos mas remotos, ensanchaba esta idea la esfera intelectual de la vida, y..... ¿no nos sucede ahora lo mismo aquí? ¿no ensanchan ante nuestra vista todas estas contemplaciones, nuestro horizonte intelectual?

—Seria un hermoso problema para vos, dijo Bonpland, reunir en una obra todos estos pensamientos.

—Tengo intencion de hacerlo, contestó Humboldt. Cuando estemos de vuelta en Europa, procuraré reproducir las contemplaciones de la naturaleza, que hemos tenido aquí, y las opiniones que hemos formado, ensan-

chando así la ciencia, mediante la descripcion del principio de vida que domina en todas partes y de la extension de las formas orgánicas.

—Este es un vasto y hermoso campo para vuestra laboriosidad.

—Pero no es muy fácil, lo reconozco desde ahora.

—Vos sois maestro en la descripcion de la naturaleza. Esto lo comprueba vuestro diario de viajes.

—Lo que se escribe á la vista de los objetos tiene cierto sello de veracidad, y aún se podria decir de individualidad, que dá atractivos á las cosas mas insignificantes.

—Y esto es suficiente para vos.

—Aún no! Para describir la naturaleza en toda la sublimidad de su magnificencia, no debe uno limitarse solo á los fenómenos exteriores; la naturaleza se debe presentar segun se refleja en el interior del hombre, come que este reflejo, ora llena el cuadro nebuloso de mitos físicos con fantásticas figuras, ora desarrolla el noble gérmen de la actividad artística para la representacion de los objetos. ¡Querido Bonpland!..... dejadme confesaros en este hermoso y animado momento, aquí, en medio de este paraíso tropical, y movido por miles de excitaciones; que siento en mí, con un gozo indecible, una gran fuerza creadora. Grandes cosas deben hacerse, cuando grandes cosas han precedido. Nosotros estamos tocando ahora en tantas puertas misteriosas de la naturaleza, que tienen que abrirse ante nosotros,

antes que podamos decir que presentimos los hilos que gobiernan al grande é inmenso conjunto. Tengo un proyecto grandioso..... aunque estoy indeciso con respecto á la forma que le he de dar..... pero es una obra que puedo llamar el problema de mi vida. Ya os he hablado de esto..... *una obra que debe comprender, si es dable, el conocimiento del conjunto de la naturaleza, la representacion de la tendencia de la humanidad, la accion colectiva de las fuerzas en el universo, tanto en nuestro globo como en los demás cuerpos celestes.* ¡Oh! el pensamiento es hermoso! Pero la cuestion es saber si las fuerzas de un solo hombre son suficientes para ello.

—Si alguno es capaz de esto, debe ser mi amigo Humboldt, dijo Bonpland estrechando cordialmente las manos de aquel.

—El tiempo lo dirá, contestó Humboldt, correspondiendo al apretón de manos de su amigo. Existen el anhelo y la voluntad, dejemos obrar al tiempo y llevemos á lo presente ojos y corazón abiertos, y el espíritu alerta.

Al anochecer continuaron los viajeros su camino.

Una aventura muy singular les esperaba esa noche.

El patron de la lancha habia anunciado á Humboldt, que tenian que pasar la noche en un ingenio, cuya noticia recibieron todos con satisfaccion, porque necesitaban del reposo, despues de haber sufrido un calor excesivo durante el dia y sentido tanto cansancio.

El patron indicó en su modo lacónico, que el dueño del ingenio era un español de la alta aristocracia, que se ocupaba con su esposa D<sup>a</sup> Isabel, y su hija, D<sup>a</sup> Manuela en la caza de tigres. Esta circunstancia excitó mas la curiosidad, porque se debia suponer en D. Ignacio y las señoras mucho valor y abnegacion, para poder vivir en esas regiones que eran visitadas solamente por las tribus salvages de indios.

—Y él se ocupa en la caza del tigre, repitió el jóven Soto. ¡Por todos los santos! es esta una ocupacion que me gusta para un español; solo el pensamiento de luchar con un tigre tiene algo de extraordinario y de audaz. Me figuro en el Sr. D. Ignacio, un hombre alto, hermoso, de un exterior original, sobre el lijero vestido colgado el rifle, con ojos de fuego y un espíritu audaz.

—Confieso, dijo Bonpland, que tengo mas curiosidad de ver á las señoras, que al mismo D. Ignacio. Concibo como un hombre á quien guste la caza pueda vivir aquí; ¿pero mujeres? ..... solo que sean tambien cazadoras.

—¿Y por qué no habian de poder vivir tambien señoras en esta grande y hermosa naturaleza? preguntó Humboldt.

—Justamente, opinó Soto, porque la naturaleza es aquí demasiado grandiosa, seria y sublime para mujeres.

Humboldt movió la cabeza y dijo:

—Es una preocupacion creer que el gusto por la naturaleza requiera precisamente un lugar ameno y



apacible. Por innegable que sea que la amenidad amente el atractivo, no está ligado con ella el goce. Son los mismos objetos de la naturaleza los que atraen el sentimiento y ocupan la imaginación. La naturaleza cautiva y entusiasmo, porque es la naturaleza. Se reconoce en ella un poder infinito, mas grande y mas activo que todo lo humano, y sin embargo no temible, porque es como si nos brindara siempre cada objeto de la naturaleza con algo de suave y de benéfico, porque el carácter general de ella es, la *bondad en lo grandioso*. Aunque bien se hable de rocas horribles, de hermosos y terribles puntos, de horripilantes soledades en estos bosques, sin embargo la naturaleza no es temible. Pronto se familiariza uno con las gargantas de las montañas mas ásperas, con los puntos mas solitarios de los bosques, y aun á veces cree uno estar en su propio hogar, porque ellos son capaces de proporcionar un asilo, juntamente con la paz del alma, al que los procura como un refugio.

—Solamente es necesario que éste tenga un buen corazón y buena inteligencia, opinó Bonpland. Y justamente esta suposición me hace mas curioso de ver á las señoras, pues aunque estas sean capaces algunas veces de un gran celo, pocas de ellas lo serán de conservar un espíritu sublime y un interés duradero hacia los objetos de la naturaleza. Una mujer aspira casi siempre á los goces de una vida artificial.

—Acaso D<sup>a</sup> Isabel ha tenido ya estos goces, dijo Soto. El mundo exterior frecuentemente hiere y dá moti-

vos de disgusto. Yo me puedo figurar muy bien como á una persona que huye de los salones del gran mundo, le agrade la vida en estos sitios solitarios, en una buena habitación.

—Pronto verémos á qué atenemos sobre el particular, dijo Humboldt. Parece que hemos llegado ya.

—Pero ¡qué diablo! exclamó Bonpland. Nada veo yo de un ingenio, ni casa principal, ni chozas de negros.

—Los árboles impedirán su vista, contestó Soto. Pero allá veo á un hombre.

—¡Un salvaje! exclamó Bonpland, porque está desnudo y su color es moreno.

Humboldt preguntó al patron qué tribu habitaba allí.

—Ninguna, contestó éste.

—¡Pero allí está un indio! exclamó Bonpland.

El patron movió la cabeza, diciendo:

—Este es D. Ignacio.

—¿Quién? preguntaron unísonos los tres amigos.

—D. Ignacio, repitió el patron con calma, preparando la lancha para el desembarco.

Humboldt, Bonpland y Soto, se miraron unos á otros estupefactos; pero en el mismo instante prorumpieron en una gran carcajada. ¿Y quién hubiera podido contener la risa, al comparar el retrato que acababan de ha-

cer de D. Ignacio, del noble español, con el original que tenían á la vista?

—Este es, pues, el Sr. D. Ignacio, el hacendado y cazador de tigres, exclamó Bonpland alegremente.

—Si es así, dijo Soto, sin poderse aun reponer de su sorpresa, tengo mas curiosidad de ver á D<sup>a</sup> Isabel y á D<sup>a</sup> Manuela.

Y con trabajo reprimió una nueva carcajada, porque el noble español, con pasos altivos, y visiblemente satisfecho de la inesperada visita, se dirigia hácia la lancha.

El hombre, en efecto, carecia absolutamente de vestido, y solo usaba unos guaraches, que son una especie de sandalias de que usa la gente muy pobre en América, para resguardar las plantas de los piés. En una mano traia un arco y flechas, y su piel estaba tan negra como la de un zambo, aunque se conocia á primera vista, que era europeo de nacimiento. (1) Fué verdaderamente divertido ver la altivez con que este D. Ignacio se presentó á los viajeros, para cumplimentarlos por su arribo á sus dominios.

Mostró mucha alegría al saber que podria recibir noticias de Europa y del mundo civilizado, porque tomaba un vivo interés, segun decia, en las noticias de Madrid, en las guerras y en *todas las cosas de allá*.

(1) Hecho positivo. Viajes etc. tomo II. pág. 218.

Para los viajeros era difícil disimular su risa. La presencia y el continente de D. Ignacio les habia curado, como por encanto, del cansancio que sufrían. Bonpland y Soto habrian sido capaces de hacer las observaciones mas burlescas, si Humboldt no los hubiera reprimido con sus miradas suplicantes.

Este último veneraba y agradecia tambien en esta aparicion, aunque grotesca, la buena hospitalidad con que se les brindaba á él y á sus amigos. Con una paciencia admirable contestó á todas las innumerables preguntas de D. Ignacio.

—¿Y no sabeis si Su Magestad el rey de España, vendrá pronto por acá? preguntó el hombre de los guaraches.

—Lo dudo, contestó Humboldt; á lo ménos, jamás he oido decir que el rey tenga tal intencion.

—Y sin embargo, es cierto, dijo D. Ignacio con mucha seriedad, que Su Magestad vendrá á visitar este país de Caracas; pero no pudiendo comer los cortesanos sino pan de trigo, no pasarán nunca de la ciudad de Valencia, y por eso no llegaré á ver la Corte, aunque soy hidalgo de nacimiento.

—Por Dios, tiene razon, dijo riendo el jóven Soto al oido de Bonpland, porque está en la misma categoría con Adán, el Padre del género humano.

—Aceptarémos gustosos, á lo ménos por esta noche, vuestra hospitalidad, dijo Humboldt á D. Ignacio, aunque no somos reyes.